

# .....Capítulo 1.....

*Marzo de 1885, Londres, Inglaterra*

¡Qué condenadamente bien le habría ido tener la piqueta a mano!

En su defecto, le propinó frustrada una patada a la puerta y soltó una palabrota cuando el dolor le recorrió el pie.

«¡Odio este maldito lugar!»

La puerta chirrió y se abrió ligeramente, mostrando una parte del vestíbulo que había detrás de ésta. Miró un momento fijamente mientras analizaba a toda prisa sus opciones.

Sin duda, lo correcto sería cerrar la puerta. Seguro que en Londres la gente no esperaba que alguien abriera la puerta de su casa de una patada y a plena luz del día, pensó, sobre todo tratándose de una mujer joven y de aspecto relativamente respetable. Pero ¿y si el señor Kent estaba en casa y no le había oído llamar? Quizás estuviese atareado en alguna parte de la casa desde donde fuese difícil oír a alguien que aporreaba incesantemente la puerta. Claro que lo más probable, reflexionó, era que un hombre de su nivel social tuviese mayordomo. Entonces ¿por qué el criado no le abría?

Porque debía de ser viejo y estar sordo como una tapia, especuló enseguida. O tal vez bebiese a escondidas y se hubiese desplomado sobre la cama, completamente beodo. O acababa de sufrir algún

ataque terrible y estaba tumbado en el suelo, indefenso, demasiado débil para pedir auxilio. ¡Sería una tragedia que ella se limitase a cerrar fríamente la puerta y marcharse, dejando que el pobre anciano y sordo mayordomo sufriera en soledad y muriera!

—¡Hola! —gritó, abriendo la puerta del todo—. ¿Señor Kent? ¿Está en casa?

Se oyó un fuerte golpe procedente de algún punto de la casa. Era evidente por qué nadie había contestado a su llamada a la puerta. Con semejante estruendo tenía que haber alguien en el interior de la casa, aunque, quienquiera que fuese, apenas podía imaginarse qué estaría haciendo.

—¿Señor Kent? —Entró en el vestíbulo—. ¿Puedo pasar?

Curiosamente, en el recibidor no había ningún mueble, como si el propietario se acabase de instalar. En un lateral de la entrada había un taburete desvencijado y *spindly-legged* sobre el que se erguía una inestable montaña de libros y papeles puestos de cualquier manera. Por el suelo y la escalera había esparcidos más montones desordenados de notas y volúmenes de gastadas tapas de cuero, que le obligaron a pisar con cuidado mientras se abría paso por el vestíbulo.

—Señor Kent —volvió a gritar, intentando que la oyeran a pesar del ruido—, ¿está usted bien?

—¡Eso es! —exclamó alguien, triunfalmente—. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

La voz procedía de la cocina, en el piso de abajo, lo que le dio a entender que no se trataba del señor Kent, sino de alguno de sus criados. En realidad, era mejor. Un criado podría decirle si el señor Kent estaba en casa. De ser así, Camelia podría ser conducida al cuarto de estar, donde esperaría mientras el criado la anunciaba formalmente. Era preferible una presentación formal a que el renombrado Simon Kent se encontrara de pronto en su casa con una desconocida en medio de su desorden de libros y papeles personales.

Repitiéndose a sí misma que socialmente estaba actuando del modo más aceptable, cerró la puerta principal. A continuación se enderezó el sombrero y se frotó las manos enguantadas en la tela de rayas de color marfil y esmeralda de su falda. No había ningún espejo a mano para comprobar el estado de su pelo, pero la multitud

de horquillas que se había puesto torpemente ya empezaban a soltarse, por lo que el tosco moño colgaba sobre su nuca. Seguramente Zareb tenía razón, pensó con resignación. Si se quedaba en Londres mucho tiempo más, es probable que tuviese que acabar contratando una doncella; aunque la idea de tan frívolo gasto le irritaba. Se puso bien unas cuantas horquillas, cruzó una puerta que había en el recibidor y bajó el estrecho tramo de escaleras que conducía a la cocina.

—¡Sí, sí, eso es! ¡Eso está mejor! —chilló la voz grave, extática—. ¡Sí, señor, ya está!

Un hombre de estatura considerable estaba de pie en medio de la cocina, de espaldas a ella. Llevaba unos sencillos pantalones oscuros y una camisa blanca de lino arremangada informalmente hasta los codos, empapada y pegada al cuerpo. Lo que no era de extrañar, dado el extraordinario calor y humedad que inundaba la cocina. Un vaho fino y suave flotaba en el aire, proporcionando a la habitación un aspecto ligeramente etéreo. Era un poco parecido a estar en la selva después de una copiosa lluvia veraniega, pensó Camelia, deseando no ir vestida con tantas capas sofocantes de ropa femenina que rápidamente perdían volumen.

Un fuerte ruido y un rugido salieron de la enorme máquina que había junto al hombre. «Es un motor de vapor», pensó ella, sintiendo una ola de excitación. Estaba girando una gran manivela que facilitaba el movimiento de una serie de discos rotatorios. Estos discos eran parte de una compleja estructura que estaba conectada a un gran barreño de madera, pero Camelia no lograba entender para qué servía el extraordinario aparato.

—Ahora espera, espera un poco, tranquila, tranquila; no tan rápido, ¡poco a poco! —decía el hombre con paciencia, hablándole al artefacto como si fuese un niño que aprende alguna nueva habilidad.

Apoyó sus delgados y musculosos brazos en el borde del cubo de madera y clavó los ojos en su interior, intensamente concentrado en lo que sea que estuviese ocurriendo.

—¡Un poco más, un poco más! ¡Eso es! ¡Sí! ¡Genial!

Intrigada, Camelia se acercó sorteando el laberinto de largas mesas repletas de extraños aparatos mecánicos. Había pilas de libros

por todas partes, y las mesas, el suelo y las paredes de la cocina estaban cubiertas de complicados bocetos y notas.

—Un poco más deprisa —instó el hombre, excitado—. ¡No, no, no! —ordenó, pasándose la mano por los rizos húmedos de su pelo cobrizo. Empezó rápidamente a ajustar una serie de palancas y válvulas del motor de vapor—. ¡Un poco más, un poco más! ¡Venga! Ya casi lo tenemos, ¡eso es!

Se produjo una explosión ensordecedora de vapor caliente. La manivela del aparato comenzó a girar más deprisa, lo que provocó que los discos rotaran cada vez con mayor velocidad.

—¡Eso es! —chilló exaltado—. ¡Perfecto! ¡Magnífico! ¡Maravilloso!

El barreño de madera empezó a vibrar y a temblar. El agua se derramó por sus bordes y cayó al suelo.

—Demasiado rápido. —Sacudiendo la cabeza, rectificó desesperado los ajustes que le había hecho al motor de vapor—. Ahora espera, más despacio. He dicho más despacio, ¿me oyes?

Cada vez más preocupada, Camelia observó cómo el enorme barreño temblaba y enviaba olas de agua jabonosa por el aire. Fuese cual fuese el objetivo de la máquina, estaba claro que no tenía que haber duchado por completo a la persona que la estaba manejando, que era lo que acababa de suceder.

—¡Para, espera, para! ¿Me oyes? —ordenó el hombre con los ojos llenos de agua mientras se esforzaba en reajustar los mandos del aparato.

La manivela y las ruedas giraban ahora a una velocidad alarmante y el gran barreño temblaba y se agitaba como si fuese a romperse.

—¡He dicho que pares! —gritó el hombre, golpeando el recalitrante artefacto con la llave inglesa—. ¡Para de una vez antes de que te parta en dos con un hacha!

De pronto, del barreño empezó a salir ropa empapada en todas direcciones. Un par de calzoncillos mojados aterrizaron con fuerza en la cara de Camelia, que se tambaleó hacia atrás, momentáneamente cegada. La mesa que estaba a sus espaldas se movió y tiró la que tenía detrás. Un terrible estrépito inundó la habitación y Camelia se cayó al suelo de espaldas.

—¡Para, chatarra inútil! —gruñó el hombre, que, desesperado, seguía intentando controlar el artefacto—. ¡Ya basta!

Camelia se sacó los calzoncillos de la cara y justo entonces vio cómo la máquina exhalaba su último y desafiante resoplido. El hombre estaba frente a ella, chorreando, con las piernas separadas y empuñando la llave inglesa como si fuese una amenazadora espada. Llevaba la camisa desabrochada casi hasta la cintura, dejando al descubierto el firme contorno de su pecho y vientre, y la considerable anchura de sus hombros era más que perceptible debajo de la tela de lino prácticamente transparente. Camelia pensó que parecía un fornido guerrero listo para la batalla, excepto por el lánguido calcetín que colgaba sobre su cabeza.

El hombre esperó un buen rato, respirando con dificultad, por si la máquina volvía a darle más problemas. Visiblemente satisfecho de que no fuese así, bajó la llave inglesa despacio y se volvió, cabeceando indignado. Recorrió con la mirada la escena: mesas volcadas, el revoltillo de inventos hechos añicos y el desorden de notas y libros esparcidos por el suelo mojado.

Al fin, sus penetrantes ojos detectaron a Camelia.

—¿Qué demonios se cree que está haciendo? —inquirió sorprendido.

—Intentar levantarme —contestó ella, apresurándose a taparse las piernas con la falda. Recuperada parcialmente su dignidad herida, alargó el brazo y lo miró expectante.

—Me refería a qué diantres hace aquí —aclaró, haciendo caso omiso de su brazo extendido—. ¿Tiene por costumbre entrar en las casas de la gente sin ser invitada?

Ella trató de mantener un aire de correcta formalidad, lo que era tremendamente difícil, teniendo en cuenta que estaba repanchingada en el suelo y el hombre la miraba furioso, como si fuese un vulgar ladrón.

—He llamado —se defendió ella con decoro—, pero nadie me ha abierto la puerta...

—¿Y por eso ha decidido forzarla?

—Le aseguro que no he forzado la puerta. —A la vista de que carecía de los modales elementales incluso del más inexperto de los

mayordomos, decidió que su interlocutor debía de ser uno de los ayudantes del señor Kent. Entendía que pudiese resultar difícil encontrar ayudantes dignos de confianza que tuvieran los conocimientos matemáticos y científicos necesarios, pero eso no justificaba la absoluta descortesía de este hombre—. Estaba abierta.

Él se sacó el calcetín mojado de la cabeza y lo dejó a un lado.

—¿Y eso le hizo pensar que podía entrar a hurtadillas y espiarme?

Como era evidente que no iba a ayudarle a levantarse, se puso sola de pie con la mayor dignidad de que fue capaz, dado el reto que suponían el polisón, la enagua, el ridículo y el sombrero incómodamente ladeado. Una vez levantada, lo miró a los ojos con frío desdén.

—Le aseguro, señor, que no he entrado a hurtadillas, sino más bien andando tras pasar varios largos minutos llamando a la puerta y anunciar mi presencia en voz alta. La puerta estaba abierta, como ya le he mencionado, un descuido que estoy convencida de que, si se lo comunicase, su jefe no aprobaría.

El hombre abrió los ojos desmesuradamente.

«¡Bien! —pensó Camelia con satisfacción—. He captado su atención.»

—Da la casualidad de que esta tarde tengo una cita con el señor Kent —prosiguió resuelta, dándose aires.

Sólo estaba disfrazando un poco la verdad, dijo para sí. Lo cierto es que había escrito cinco veces al señor Kent para pedirle que le diera cita, pero, lamentablemente, no había contestado a ninguna de sus cartas. Aunque algunos miembros de la sociedad londinense ya le habían advertido de que el respetable inventor era un tanto excéntrico y en ocasiones desaparecía durante semanas sin que nadie lo viese y sin contestar el correo. De modo que en lugar de esperar a que el señor Kent le respondiese, había decidido actuar y escribirle una nota anunciándole que iría a verlo concretamente ese día y a esa misma hora.

—Así que tiene una cita con el señor Kent. —El hombre arqueó las cejas, escéptico, lo que aumentó aún más la irritación de Camelia.

—¡Pues sí! —le aseguró Camelia con rotundidad. Obviamente el señor Kent no estaba en casa, de lo contrario a estas alturas ya habría corrido a la cocina para averiguar a qué era debido el tremendo alboroto del laboratorio—. Y es para un tema de suma importancia.

—¿En serio? —Impasible, él cruzó los brazos delante del pecho—. ¿De qué se trata?

—Disculpe, señor, pero no es de su incumbencia. Si me dice cuándo puedo encontrar mañana en casa al señor Kent, vendré a verlo entonces.

Había decidido que sería mejor no esperar a que llegase el inventor. No había ningún espejo en la cocina, pero estaba segura de que los calzoncillos mojados que se habían estrellado en su cara no habían producido un efecto estimable. Notaba el enorme sombrero peligrosamente inclinado hacia un lado y la cabellera colgando por debajo de éste en una maraña húmeda. En cuanto al selecto atuendo que ella y Zareb tanto se habían esmerado en planchar hasta dejarlo en un estado de absoluta perfección, ahora era un empapado y arrugado desastre. Si quería que el señor Kent se tomara en serio su propuesta, no podía aparecer ante él con aspecto de vagabunda azotada por un vendaval.

—Yo soy el señor Kent —le informó el hombre con brusquedad. Camelia lo miró atónita.

—No, no lo es.

—¿No soy como se había imaginado?

—Para empezar es usted demasiado joven.

Él frunció las cejas.

—No sé si sentirme halagado u ofendido. ¿Demasiado joven para qué?

La descarada ironía de su mirada le dejó claro a Camelia que se estaba burlando de ella. Pues bien, con ella no se jugaba.

—Demasiado joven para haber obtenido diversas licenciaturas en matemáticas y ciencia por la University of St. Andrews y el St. John's College de Cambridge —señaló Camelia—. Y para haber dado numerosas conferencias sobre Mecanismos y Mecánica aplicada, haber escrito dos o más docenas de artículos publicados por la Academia Nacional de Ciencias y haber registrado

las patentes de unos doscientos setenta inventos. Y, obviamente, demasiado joven para ser responsable de todo esto —concluyó con un gesto que abarcaba la actividad científica que inundaba la habitación.

Él estaba impasible, pero ella pudo ver que le habían sorprendido sus conocimientos sobre los logros de su jefe. «¡Bien!», pensó, perversamente contenta de haber conseguido pararle los pies.

—Dados los desastrosos resultados del experimento, de los que acaba usted de ser testigo, me temo que he dañado para siempre la excesivamente generosa opinión que tiene usted de mí. Sin embargo, como ha irrumpido en mi laboratorio sin ser invitada ni anunciada, supongo que no puede culpárseme de ello. No acostumbro a dejar que nadie vea en lo que estoy trabajando hasta que estoy relativamente seguro de que no explotará y empezará a arrojar prendas de ropa en todas direcciones.

Camelia lo miró fijamente; se había quedado sin habla. Al fin y al cabo, no era tan joven, reflexionó, notando de pronto las arrugas que tenía en la frente y el entrecejo, que indicaban la cantidad de horas que se había pasado estudiando y deliberando. Sin duda, tendría treinta y cinco años o quizás incluso uno o dos más. Si bien era joven para haber hecho cuanto ella acababa de mencionar, no era imposible. No, si el hombre en cuestión era excepcionalmente inteligente, disciplinado y trabajador. Se le cayó el alma a los pies al percatarse de que acababa de insultar al hombre que tan desesperadamente había querido impresionar con su visita.

—Discúlpeme, señor Kent —se excusó, deseando que la tierra se la tragase—. No era mi intención molestarle. Es que tenía muchas ganas de hablar con usted.

Él ladeó la cabeza con expresión circunspecta.

—¿Por qué? ¿Ha venido a entrevistarme para uno de esos irritantes periodicuchos que encuentran un placer inestimable en tacharme de inventor demente?

Su tono era sarcástico, pero Camelia detectó una pizca de vulnerabilidad que le dio a entender que semejante descripción no le había dejado indiferente.

—No, nada de eso —le aseguró ella—. No soy escritora.



—No es escritora, y no es una espía. Eso son dos tantos a su favor. ¿Quién es usted, entonces?

—Soy lady Camelia Marshall —respondió mientras sujetaba el sombrero, que empezaba a resbalar por su cabeza—. Una gran admiradora de su trabajo, señor Kent —añadió con seriedad, apresurándose a evitar que el recargado adorno floral le cayera sobre la cara—. He leído varios de sus artículos, y me han parecido de lo más fascinantes.

—¿De veras?

Si le había sorprendido el hecho de que una mujer hubiese leído algunos de sus escritos o le hubiesen parecido fascinantes, no dio muestras de ello. Se limitó a caminar y a levantar la primera de las mesas que Camelia tenía a sus espaldas y había tirado.

—¡Esto es un maldito desastre! —murmuró mientras se agachaba para recoger algunas de las docenas de herramientas, piezas de metal y blocs que había esparcidos por el suelo mojado.

—Siento muchísimo haberle tirado las mesas —se disculpó Camelia—. Espero no haber roto nada —añadió, inclinándose para ayudarle.

Simon observó cómo cogía con dificultad una pequeña caja metálica. La sujetó con una mano enguantada y sucia mientras con la otra agarraba rápidamente la enorme monstruosidad de su sombrero flácido. Entonces empezó a levantarse. Por desgracia, el gran peso de su polisón mojado comprometió su equilibrio. Sacó la mano del sombrero y la agitó en el aire con cara de repentino horror, aunque el invento metálico siguió estando a salvo contra su pecho.

Simon alargó el brazo y la sujetó mientras el sombrero y sus rosas marchitas caían sobre su rostro. Al aterrizar sobre él, el aroma de Camelia le embriagó; una extraordinaria fragancia distinta a todas las que había olido. Era exótica, pero le resultaba vagamente familiar, una esencia ligera y fresca que le recordaba los paseos por el bosque en la finca de su padre durante una lluvia veraniega. La agarró, inhalando su perfume y percibiendo con intensidad la delicada estructura de su espalda, sus suaves jadeos y las agitadas subidas y bajadas de su pecho, que latía contra el lino húmedo que se le había pegado a su propio cuerpo.

—¡Cuánto lo siento! —Tremendamente avergonzada, Camelia se apartó enérgicamente el sombrero de la cara. Al fin liberado de las horquillas, el tocado traicionero fue a parar al suelo, llevándose consigo lo que aún quedara de peinado, hasta que su pelo cayó sobre su espalda en una irremediable maraña.

Simon la miró con fijeza, contemplando la ahumada intensidad de sus ojos, muy abiertos y llenos de frustración. Eran del color de la salvia, observó, de ese tono verde suave que tenía la salvia de la selva, que crecía en los brezales secos y umbríos de Escocia. Un tenue abanico de arrugas rodeaba sus pestañas inferiores, poniendo de manifiesto que rebasaba de sobras la aniñada lozanía de la veintena. Su piel estaba atípicamente bronceada y salpicada de pecas, y su cabello de color miel veteadado de hilos de un suave dorado, lo que indicaba que estaba acostumbrada al sol. Algo que, a juzgar por la calidad de su atuendo, sorprendió a Simon. Había notado que la mayoría de inglesas de buena cuna preferían protegerse del sol en sus casas o a la sombra. Claro que, reflexionó, la mayoría de las mujeres de buena cuna no tenía la osadía de entrar en casa de un hombre, sin invitación y sin ser acompañada. De algún modo sabía que Camelia ya no seguía necesitando su ayuda para ponerse de pie, pero era extrañamente reacio a soltarle la mano.

—Estoy bien, gracias. —Camelia se preguntó si la consideraría incapaz de mantenerse derecha durante más de tres minutos. Aunque tampoco le había dado motivos para pensar lo contrario, pensó con tristeza—. Supongo que no estoy acostumbrada a llevar sombreros tan grandes —añadió, creyendo que él necesitaría algún tipo de explicación respecto a su incapacidad para mantener el detestable adorno encima de la cabeza. Evitó mencionar que un par de calzoncillos mojados se habían estrellado contra su cara, desafiando la integridad de sus horquillas torpemente puestas.

Simon no sabía qué decirle. Se imaginaba que lo propio de un caballero sería asegurarle que el sombrero le sentaba de maravilla, pero es que el puñetero adorno le parecía ridículo. Desde luego estaba mucho más guapa sin él, especialmente ahora que los rizos dorados de su melena colgaban sobre sus hombros.

—Tenga —le dijo Simon, que cogió el sombrero y se lo devolvió.

—Gracias.

Él se volvió, sintiendo la súbita necesidad de separarse de ella.

—Entonces, dígame, lady Camelia —empezó a decir, intentando concentrarse en el desastre de su laboratorio—, ¿de verdad teníamos hoy una cita que yo ignoraba?

—Sí, sin ninguna duda —contestó Camelia con rotundidad—. Seguro que sí. —Tosió suavemente—. En cierto modo, sí.

Simon arqueó las cejas.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Significa exactamente que nuestra cita no ha sido confirmada. Aunque fue anunciada, de eso no hay duda.

—Ya veo. —Simon no tenía ni idea de qué estaba hablando—. Disculpe mi torpeza, pero ¿cómo se acordó la cita exactamente?

—Le escribí varias cartas pidiéndole una cita, pero, por desgracia, nunca me contestó —le explicó Camelia—. Y en la última me tomé la libertad de informarle de que vendría a verlo hoy a esta hora. Supongo que fue un atrevimiento por mi parte.

—Me temo que eso no es nada comparado con entrar en casa de un hombre sola y sin ser anunciada —puntualizó Simon, tirando un montón de papeles mojados sobre la mesa—. ¿Saben sus padres que va por Londres sin dama de compañía?

—No necesito ninguna dama de compañía, señor Kent.

—Discúlpeme, no me había dado cuenta de que estaba usted casada.

—No lo estoy. Pero tengo veintiocho años, mi presentación en sociedad fue hace años y no tengo el tiempo ni las ganas de estar constantemente ocupándome de que un ama de llaves vieja y charlatana me siga a todas partes. Con un cochero tengo suficiente.

—¿No le preocupa su reputación?

—No especialmente.

—¿Y eso por qué?

—Porque si viviese mi vida conforme a los dictámenes de la sociedad londinense, nunca haría nada.

—Ya veo. —Arrojó sobre la mesa un palo de madera con un accesorio metálico.

—¿Qué es eso? —preguntó Camelia, que miraba el objeto con curiosidad.

—Un nuevo sistema para fregar el suelo —respondió con indiferencia mientras se agachaba para recoger algo más.

Ella se acercó para examinar el extraño aparato.

—¿Cómo funciona?

Simon la miró titubeante, no acababa de creerse que le interesase realmente. Eran pocas las mujeres que se habían atrevido a entrar en su laboratorio y de ellas sólo las pertenecientes a su familia habían demostrado un reconocimiento auténtico de sus ideas a menudo extravagantes. Sin embargo, había algo en la expresión de lady Camelia, que estaba ahí de pie, que mitigó su impulso inicial de limitarse a obviar la pregunta. Miraba atentamente con esos ojos verdes del color de la salvia, como si la curiosa herramienta que tenía delante fuese un misterio que quisiese a toda costa resolver.

—He sujetado una gran abrazadera en el extremo del palo de un friegasuelos, que es accionado por esta palanca —comenzó su explicación mientras cogía el objeto para enseñárselo—. La palanca mueve esta varilla, que tensa este muelle y hace que la abrazadera se cierre firmemente. La idea es escurrir la bayeta de la base del mango sin tocarla ni tenerse que agachar.

—¡Muy ingenioso!

—Tengo que seguir trabajando en ello —comentó, encogiéndose de hombros—. Me está costando obtener la tensión adecuada del muelle para que estruje suficientemente la bayeta sin romper la palanca. —Dejó el invento en la mesa.

—¿Y esto qué es? —Camelia señaló la caja metálica que sostenía en las manos.

—Un exprimidor de limones.

Lo miró intrigada.

—No se parece a ninguno de los que he visto hasta ahora. —Lo abrió y vio un cono acanalado de madera rodeado por un anillo con agujeros—. ¿Cómo funciona?

—Se pone medio limón sobre el cono, luego se cierra la tapa y se presiona con fuerza, usando la palanca para ejercer todavía más presión —explicó Simon—. El hueco que hay en la tapa aprieta el limón

contra el cono, extrayendo el zumo sin necesidad de girarlo. El zumo cae por los agujeros en la cubeta que hay debajo sin las pepitas ni la pulpa, que se quedan en el anillo superior. Después se extrae este pequeño recipiente y ya tenemos el zumo.

—¡Qué maravilla! ¿Ha pensado en fabricarlo?

Simon cabeceó.

—Lo he hecho para mi familia; siempre intento encontrar formas de aliviarles un poco el trabajo. Me imagino que a la gente le parecería una tontería de aparato.

—Pues yo creo que a la mayoría de las mujeres les encantaría cualquier cosa que aligerara las tareas del hogar —repuso Camelia—. ¿Ha registrado al menos la patente? ¿O la del friegasuelos?

—Si me dedicase a patentar todo lo que se me ocurre, me pasaría la vida tramitando papeles.

—Pero tiene unas doscientas setenta patentes.

—Eso es porque, con la mejor intención, algunos miembros de mi familia decidieron ocuparse de llevar mis dibujos y mis notas sobre esos inventos en concreto, y presentar los documentos y el dinero necesarios a la oficina de patentes. No tengo ni idea de lo que ha sido registrado y lo que no. Y, francamente, tampoco me interesa.

Ella lo miró con incredulidad.

—¿No quiere saber que sus ideas han sido debidamente registradas, para que pueda obtener el reconocimiento merecido?

—Yo no invento cosas para que me sean reconocidas, lady Camelia. Si alguien más quiere hacer suya una de mis ideas, mejorarla e invertir el tiempo y el capital necesario para producirla, por mí no hay problema. Si todos los científicos guardaran sus teorías y descubrimientos como si fuese oro, la ciencia y la tecnología nunca avanzarían.

Levantó la segunda mesa y empezó a amontonar sobre ella más papeles mojados, herramientas y diversos inventos que se habían caído al suelo.

—Y dígame, lady Camelia —dijo mientras escurría el agua de una maraña de alambres—, ¿a qué se debe que me haya escrito todas esas cartas pidiendo verme?

Camelia vaciló. Se había imaginado dirigir su encuentro con el señor Kent desde una sala de estar llena de suntuoso terciopelo, donde pudiese disertar con calma sobre la importancia de la arqueología y la evolución del hombre, tal vez mientras algún criado convenientemente respetuoso le servía un té en un juego de plata. Aunque, dados los numerosos montones de platos grasientos apilados junto al hornillo y en el fregadero que había en el otro lado de la cocina, le había quedado clarísimo que el señor Kent no tenía criados. Pensó en sugerirle que volvería otro día, cuando él no tuviese que ocuparse de devolverle al laboratorio un aire de ordenado, pero desechó la idea de inmediato.

El tiempo no se detenía.

—Estoy muy interesada en su trabajo con los motores de vapor —contestó, agachándose para recoger unos cuantos objetos más del suelo—. He leído uno de sus artículos al respecto en el que exponía los enormes beneficios de la energía de vapor aplicada a las bombas utilizadas para minas de carbón. Su tesis acerca de que la energía de vapor todavía no se utiliza eficazmente me pareció absolutamente fascinante.

Simon no podía creerse que hablara en serio. De todas las posibles explicaciones de su presencia allí, habría jurado que el tema de los motores de vapor y las minas de carbón era el más improbable.

—¿Le interesan los motores de vapor?

—Me interesan en su aplicación al desafío de la excavación y el bombeo —matizó Camelia—. Soy arqueóloga, señor Kent, como mi padre, el difunto Earl de Stamford. Seguro que habrá oído hablar de él.

Sus ojos brillaron de esperanza, y por alguna razón Simon detestaba tener que desilusionarla. Sin embargo, no quiso mentirle.

—Lamentablemente, lady Camelia, no estoy muy familiarizado con el campo de la arqueología y no suelo asistir a la clase de eventos en los que quizás hubiese tenido el placer de conocer a su padre. —Su tono era de disculpa.

Camelia asintió. Supuso que tampoco podía realmente esperar que conociese a su padre. Después de todo lo que había oído decir sobre el señor Kent, saltaba a la vista que pasaba la mayor parte de su tiempo encerrado en su laboratorio.

—Mi padre dedicó su vida al estudio de las riquezas arqueológicas de África en una época en que el mundo está casi exclusivamente interesado en el arte y los objetos de los egipcios, romanos y griegos. Desde un punto de vista científico se tienen muy pocos datos de la historia de los africanos.

—Pues me temo que yo no sé gran cosa sobre África, lady Camelia. Según tengo entendido su población se compone básicamente de tribus nómadas que llevan miles de años viviendo con muchísima sencillez. Nunca se me ha ocurrido que pudiesen tener algo valioso, excepto los diamantes, claro.

—África no tiene la abundancia de edificios antiguos y arte que ha sido descubierto en otros lugares del planeta —concedió Camelia—. Y de ser así, aún no los hemos encontrado. Pero mi padre creía que en África vivieron civilizaciones mucho más antiguas que las existentes en cualquier otra parte del mundo. Cuando Charles Darwin propuso su teoría de que a lo mejor los seres humanos descendían del mono, el mundo entero se burló de él. Sin embargo, lo que eso hizo fue reforzar la convicción de mi padre acerca de la singular relevancia de África en la evolución de la humanidad.

—¿Y todo eso qué tiene que ver con mis motores de vapor?

—Hace veinte años mi padre descubrió un terreno en Suráfrica que presentaba numerosos indicios de que en el pasado había vivido allí una antigua tribu. Compró unas ciento veinte hectáreas y empezó a excavar, hallando muchos objetos apasionantes. Ahora yo continúo la labor de mi padre y necesito su bomba de vapor.

—Pensaba que las excavaciones arqueológicas se realizaban básicamente con una pala, un cubo y un cepillo.

—Y así es, pero excavar en Suráfrica supone un reto constante. Una vez traspasada la primera capa de tierra relativamente blanda, la corteza se vuelve durísima y difícil de romper. Luego está el problema del agua, que se cuela en el agujero a medida que uno se acerca al nivel freático. Y, además, está la estación lluviosa, que puede durar desde diciembre hasta marzo. En este momento mi excavación está completamente inunada, por lo que a mis trabajadores les es imposible continuar.

—Seguro que en Suráfrica habrá bombas de vapor disponibles —sugirió Simon.

—La verdad es que no son fáciles de conseguir.

Camelia procuró hablar con serenidad. No quería que Simon supiese los tremendos obstáculos que se había encontrado al intentar obtener una bomba para su terreno. Si él se enteraba de que le habían saboteado el equipo anterior o de que creía que la De Beers Company había dado orden a las empresas de bombas de que no le alquilaran más maquinaria, tal vez le pareciese demasiado arriesgado suministrarle la única bomba que tenía.

—Las bombas de agua están monopolizadas por la De Beers Mining Company —prosiguió—, y su prioridad, lógicamente, es el suministro de servicios para el bombeo de las minas de diamantes. Debido a eso no puedo comprar ni alquilar una bomba, y mi excavación ha llegado a un punto muerto. Pero tras leer su artículo, me convencí de que su bomba era muy superior a las empleadas actualmente en Suráfrica. Por eso he venido a verlo.

—¿Y qué le hace pensar que mi bomba es mejor?

—En su artículo tacha las turbinas de vapor actuales de extremadamente ineficientes. Propone que se aprovecharía mucha más energía si el vapor pudiese expandirse de forma gradual en lugar de hacerlo de golpe, permitiendo que la turbina se moviese a gran velocidad, lo que, a su vez, haría que la bomba actuase con más fuerza y rapidez. Como una prolongada exposición al agua puede dañar los objetos que excavo y estoy tremendamente ansiosa por hacer progresos en mi trabajo, creo que su nueva bomba de vapor es la mejor solución para extraer el agua de mi terreno.

De modo que era cierto que había leído el artículo, reflexionó Simon. Y lo que era más sorprendente, parecía que lo había entendido. Se pasó las manos por el pelo y echó un vistazo a su alrededor, tratando de recordar dónde había puesto sus notas y dibujos de los motores de vapor. Empezó a rebuscar en varios montones de bocetos que había esparcidos por el suelo, y después se acercó a una de las mesas que no había ido a parar al suelo a consecuencia de la espectacular caída de lady Camelia y continuó buscando.

—¿Por qué ha hecho que este motor agitate el cubo? —inquirió Camelia mientras él buscaba.



—No pretendía que el motor hiciese eso. Se suponía que tenía que hacer girar la hélice que hay en el interior del barreño para que, a su vez, ésta forzase que el agua mojara la ropa. Lamentablemente, no ha funcionado tan bien como yo esperaba.

Camelia miró asombrada el enorme artefacto.

—¿Me está diciendo que esto es una lavadora gigante?

—Es un prototipo —contestó Simon—. Las máquinas actuales utilizan un cubo de madera y una hélice que es accionada por una manivela. Estoy intentando crear una máquina que funcione con energía de vapor para librar a las mujeres del agotador trabajo que supone girar la manivela a mano.

Pese a que su experiencia lavando ropa era limitada, Camelia comprendía, sin duda, que para una mujer a cargo de toda la colada de una casa una máquina de vapor supondría una gran ayuda.

—Es una idea maravillosa.

—Me faltan muchas horas de trabajo —reconoció, lanzando una mirada de indignación a las prendas de ropa empapadas que había esparcidas por la cocina—. Es difícil fabricar un motor de vapor; me está costando obtener una rotación buena y regular. Además, es demasiado grande, y caro. Otra opción es hacerlo con gas, pero muy pocas casas lo tienen. Igual que la electricidad, que aún no llega a la mayoría de las casas. —Comenzó a buscar debajo de un montón de platos sucios, que daba la impresión de que en cualquier momento se le caerían sobre la cabeza—. Aquí está —anunció al tiempo que sacaba un arrugado dibujo de debajo de una sartén.

Camelia se acercó mientras él despejaba un poco una de las mesas e intentaba alisar el papel sumamente arrugado y manchado.

—Un motor de vapor se basa en la premisa de que somete el vapor a una enorme presión, permitiendo que se expanda y cree una fuerza susceptible de ser convertida en movimiento —comenzó Simon—. Utilizando un pistón y un cilindro, se crea el efecto de bombeo, que puede usarse para muchas cosas, incluido el bombeo de agua de minas de carbón y pozos. Lo que he intentado es mejorar la eficacia del motor haciendo que el vapor se expanda en varias fases, por lo que su presión aumenta significativamente.

—¿Y lo ha conseguido?

—He logrado fraccionar el movimiento del vapor e intensificar su presión. Pero, por desgracia, no ha sido suficiente para producir una diferencia sustancial en lo que a la eficacia de la bomba se refiere.

Camelia se llevó un desengaño.

—Pero ¿la bomba que ha construido funciona bastante bien para extraer agua de un hoyo?

—Por supuesto —le aseguró Simon—. Le hice una serie de ajustes para que funcionase mejor de lo que lo hacen la mayoría de las bombas, aunque no fue suficiente para garantizar la fabricación a gran escala. Los materiales que empleé son más caros que los usados habitualmente y se tarda más en montar la máquina, lo que significa que ningún fabricante consideraría que el diseño es económicamente viable.

Camelia pensó que una bomba un tanto perfeccionada era mejor que nada.

—¿Estaría dispuesto a alquilmela?

—Lamentablemente, no hay nada que alquilar. La desmonté casi entera porque necesitaba las piezas para otras cosas.

Ella lo miró fijamente, abatida.

—¿Cuánto tardaría en construir otra?

—Más tiempo del que dispongo ahora mismo —respondió Simon—. En este momento estoy enfrascado en muchísimos proyectos. Además, esa máquina tenía una serie de problemas que, al parecer, no he sabido solucionar.

—Pero eso es lo que debería impulsarle a invertir más tiempo en ella —repuso Camelia—. Como científico, deberían motivarle los desafíos.

—Mire a su alrededor, lady Camelia. ¿Cree honestamente que no tengo suficientes desafíos que requieran mi atención?

—No estoy diciendo que los demás inventos en los que trabaja no sean importantes —le aseguró Camelia—, pero no compare un exprimidor de limones y una lavadora con algo que me ayudará a desenterrar un episodio vital de la historia de la humanidad.

—Eso es muy subjetivo —replicó Simon—. Para la gente que cae rendida en la cama cada noche exhausta por las angustiosas cargas de

sus quehaceres diarios, cualquier invento que facilite la ejecución de una tarea supone una mejora en sus vidas. Mejorar potencialmente las vidas de miles de personas me parece mucho más importante que desenterrar unos cuantos huesos descompuestos y reliquias rotas de los páramos africanos.

—Esos huesos descompuestos y esas reliquias nos dan información acerca de quiénes somos y de dónde venimos —protestó Camelia, enfurecida por la forma en que Simon despreciaba su trabajo—. El descubrimiento de nuestra historia tiene una importancia crucial para todos nosotros.

—Me temo que me interesa más dedicar mi tiempo a unos inventos que mejorarán el presente y el futuro. Si bien respeto el campo de la arqueología, lady Camelia, es una profesión que interesa principalmente a una minoría, a unos cuantos académicos privilegiados. No creo que vaya usted a descubrir nada que mejore la vida de miles de personas. Y dado que dispongo de muy poco tiempo y ya estoy embarcado en bastantes más proyectos de los que puedo manejar, me temo que no podré ayudarle. —Empezó a coger más inventos y papeles que había esparcidos por el suelo.

—Le pagaré.

Simon se detuvo y la miró con curiosidad. Su rostro estaba impassible, pero sus manos sujetaban el ridículo con tanta fuerza que en la zona de los nudillos la tela de los guantes estaba tensa. No había duda de que proseguir la labor de su padre significaba mucho para ella.

—¿En serio? ¿Cuánto?

—Mucho —contestó ella—. Generosamente.

—Disculpe si le parezco grosero, pero me temo que tendrá que ser un poco más precisa en su respuesta. ¿Cuánto es con exactitud «generosamente»?

Camelia vaciló. Sus recursos financieros eran realmente escasos. Apenas tenía fondos suficientes en el banco para pagar durante los dos próximos meses al puñado de leales trabajadores que se habían quedado en el terreno. Pero el señor Kent no tenía por qué saberlo. A juzgar por su hogar modesto y escasamente amueblado, y su aparente imposibilidad de contratar a alguien que le ayudara, ya fuera

con sus inventos o con la avalancha de ollas sucias y platos grasientos apilados por el hornillo y el fregadero, daba la impresión de que el hombre desaliñado que estaba frente a ella también pasaba por dificultades económicas.

—Señor Kent, si me fabrica una bomba de inmediato, estoy dispuesta a ofrecerle el cinco por ciento de los beneficios que obtenga en los dos próximos años. Supongo que convendrá conmigo en que la cantidad es muy generosa.

Simon frunció las cejas.

—Lo siento, lady Camelia, pero no entiendo qué ha querido decir con eso. ¿De qué beneficios habla exactamente?

—De los que obtenga de lo que sea que encuentre durante la excavación.

—No sabía que hubiese un mercado floreciente de fragmentos de huesos y vasijas rotas.

—Lo hay, si son arqueológicamente relevantes. En cuanto haya estudiado y documentado las piezas, se las venderé al Museo Británico para su colección con la condición de que pueda tener libre acceso a ellas cuando así lo desee.

—Ya veo. ¿Y cuánto han ganado con este proyecto en los últimos cinco años?

—Lo que mi padre y yo ganáramos en el pasado no importa ahora —repuso con firmeza—. Hace seis meses, cuando falleció, mi padre estaba a punto de realizar un descubrimiento sumamente importante. Lamentablemente, la lluvia y las filtraciones de agua han inundado el terreno de manera muy gradual, y mis trabajadores no han podido avanzar gran cosa.

De hecho, la mayoría de ellos estaban convencidos de que había caído una maldición sobre el terreno y habían huido, pero no había por qué compartir ese detalle con él.

—Con la ayuda de su bomba de vapor —prosiguió ella—, podré excavar el terreno cien veces más deprisa de lo que lo haría usando sólo mano de obra para extraer el agua y el barro. Así podré desenterrar, al fin, lo que mi padre pasó tantos años buscando.

—¿Y qué era?

Camelia titubeó. Desde el inicio sus trabajadores habían teni-

do miedo de lo que ella buscaba, pero tras los accidentes ocurridos el miedo se había convertido en un pánico exacerbado. Claro que Simon Kent era un instruido científico que probablemente no creía en las maldiciones y los espíritus vengativos.

Aun así, cuanto menos supiese mejor.

—Mi padre buscaba objetos pertenecientes a una antigua tribu que habitó en la zona que ocupa nuestro terreno hace unos dos mil años. —Sin duda, eso era cierto, se dijo para sí, aunque no era toda la verdad.

Simon no parecía nada impresionado.

—¿Unos cuantos trozos rotos de unos objetos pertenecientes a una antigua tribu? ¿Nada de cámaras ocultas con oro o diamantes ni antiguas fuerzas misteriosas atrapadas en un cofre con piedras preciosas incrustadas?

—El valor de estas reliquias será enorme. —Camelia se esforzó por controlar su rabia—. Mi padre se pasó los últimos veinte años de su vida a punto de hacer un importante descubrimiento científico, que, sin duda, abrirá la puerta a un área completamente nueva de estudio arqueológico.

—O sea, que a la vista de que usted y su padre hasta ahora aún no han dado con este «significativo descubrimiento», como usted lo llama, lo que me está ofreciendo es esencialmente el cinco por ciento de nada —le espetó Simon. Empezó a recoger la ropa empapada que había esparcida por la cocina y la metió de nuevo en la lavadora—. Le pido disculpas, si le parece un desagradecido, lady Camelia, pero por realmente tentadora que sea su oferta, me temo que tendré que declinarla.

Camelia lo miró fijamente, desalentada. Simon Kent no era en absoluto como se había esperado. Se había imaginado que era un refinado anciano de ciencias y letras, dominado, como su padre, por una sed insaciable de conocimiento. Creía que el señor Kent valoraría la extraordinaria oportunidad que suponía participar en su exploración, en la que uno de sus inventos sería utilizado para ayudar a que el mundo entendiese mejor sus propios orígenes. Se había autoconvencido de que no sería como el resto de británicos que había conocido a su regreso a Inglaterra, la mayoría de los cuales conside-

raba, al parecer, que Suráfrica no era más que un polvoriento terreno lleno de maleza habitado por bárbaros, una tierra simplemente a la espera de que saquearan sus diamantes y su oro.

—Está bien, el diez por ciento de los dos próximos años —ofreció Camelia con frialdad mientras él seguía metiendo prendas de ropa en su detestable lavadora. Odiaba necesitar su ayuda con tanta desesperación—. ¿Le parece mejor?

—No se trata únicamente de dinero. —Simon estaba impresionado por su manifiesta determinación. Desde luego su deseo de honrar la labor vital realizada por su padre y de triunfar donde él había fracasado era admirable—. Aunque construyese otra bomba de vapor para usted, lo que como mínimo me llevaría unas cuantas semanas, ¿quién la manejaría una vez llegase en barco a Suráfrica? Ya me ha hablado de los grandes desafíos que plantean la geografía y el clima. La bomba que yo construiría sería diferente de las que se usan actualmente. Y debería adaptarse para afrontar los problemas que, sin duda, surgirían. Habría que enseñar a alguien a manejarla y mantenerla; de lo contrario, acabaría usted cargando con una máquina completamente inútil.

Camelia se dio cuenta de que tenía razón. El único motor de vapor que había conseguido alquilar para su excavación justo tras la muerte de su padre había sufrido un sinfín de averías durante los pocos días que, en realidad, estuvo en funcionamiento. Después se cayó al suelo de forma misteriosa y los engranajes se hicieron añicos, quedando por completo destruida. La empresa que se la había alquilado le exigió que pagase la máquina rota y luego se negó a alquilarle nada más.

La máquina del señor Kent no le serviría de nada a menos que contratase alguien con los conocimientos pertinentes sobre semejante aparato para poderlo hacer funcionar.

—¿Estaría usted dispuesto a venir a Suráfrica y enseñarle a alguien a usarla? Serían sólo una o dos semanas —se apresuró a asegurarle Camelia—. Justo el tiempo necesario para enseñarle cómo va la máquina y que se familiarice con su mantenimiento.

—Es posible dominar su manejo en dos semanas, pero se tardarían semanas e incluso meses en aprender a mantenerla y repararla

—señaló Simon—. Me temo que no tengo ni el tiempo ni las ganas de viajar hasta África para hacer eso; ahora mismo tengo muchos otros proyectos que requieren mi atención.

—Por supuesto que incrementaría mi oferta para compensarle por su tiempo —agregó Camelia—. Aumentaría sus ganancias a un diez por ciento de los beneficios que obtenga durante los próximos cinco años, seguro que eso compensará el tiempo que le pido que invierta.

—Lady Camelia, me parece que no comparto su fascinación por excavar en tierras africanas. Espero que lo comprenda.

Camelia apretó los labios. ¡Menudo desastre! Se había pasado dos semanas estudiando sus artículos en *The Journal of Science and Mechanics* a la vez que le había escrito una carta detrás de otra, pidiéndole educadamente una cita. Durante esos días se había autoconvencido de que podría persuadir al brillante y con fama de excéntrico Simon Kent de que le suministrara la bomba de vapor que con tanta desesperación necesitaba. Dos preciosas semanas perdidas para no conseguir absolutamente nada. Le inundó el pánico.

Clavó los ojos en el grasiento dibujo que había encima de la mesa que había frente a ella.

—¡Claro que lo entiendo! —repuso con tranquilidad—. Espero que pueda disculparme por haber entrado en su casa sin ser anunciada, señor Kent, y gracias por su tiempo. —Se puso el enorme sombrero en la cabeza—. ¡Oh, Dios mío! —exclamó mientras palpaba en vano la parte posterior del mismo—. Creo que he perdido mi pasador de perlas. Debe de haberseme caído al suelo, ¿lo ve en alguna parte?

Simon escudriñó el desorden de cosas que había por el suelo.

—Aquí hay algunas horquillas —constató, agachándose para recoger media docena de pasadores metálicos que había entre el revoltijo—, pero me temo que...

—¡Oh, aquí está! Lo tenía enganchado aquí encima del sombrero. —Se puso el pasador en la enredada melena y avanzó airosa hacia las escalera que conducían a la planta baja.

—La acompañaré a la puerta —se ofreció Simon.

—Eso no será necesario —le aseguró Camelia con indiferencia, subiendo los peldaños tan rápido como le permitían la falda y el po-

lisón húmedos y pesados. Cruzó el vestíbulo a zancadas y abrió la puerta principal—. Espero no haberle estropeado el día entero, señor Kent.

Le dedicó su sonrisa más dulce, luego se volvió, y se dispuso a bajar los escalones de piedra que había hasta la calle.

Simon la observó mientras se alejaba precipitadamente por la acera en dirección a un elegante carruaje negro estacionado, la arrugada falda crujía con fuerza y su melena rubia caía en una cascada de rizos debajo de las mustias rosas de su absurdo sombrero. Se preguntó por qué el cochero no la había esperado con el carruaje justo frente de su puerta. Tal vez le había ordenado que se detuviese un poco más adelante para poder disfrutar de un breve paseo. Fuera por la razón que fuera, su paso era rápido y decidido, y su ridículo con abalorios pendía oscilante de su muñeca enguantada. Los colores malva y añil del atardecer se arremolinaban a su alrededor formando un velo crepuscular y cuando llegó al carruaje, se volvió y se despidió con la mano.

Entonces abrió la puerta del vehículo y se subió a él, tan manifiestamente ansiosa por marcharse que no esperó a que el cochero bajase para ayudarle.

Simon cerró la puerta y permaneció unos instantes de pie en el vestíbulo. La luz plúmbea bañaba la habitación apenas amueblada, proporcionándole un inusual aspecto agobiante y melancólico. Se le ocurrió encender la lámpara de gas que había en la pared, pero decidió no hacerlo. De todas formas, raras veces salía de su laboratorio antes de medianoche y con todo lo que aún quedaba por recoger probablemente estaría ahí abajo hasta el amanecer. Mientras regresaba a la cocina se percató de que sus pantalones estaban mojados y se le pegaban a las piernas, y de que llevaba la camisa empapada y abierta casi hasta la cintura.

«¡Genial!», pensó con ironía. Ahora además de ser etiquetado de ermitaño, distraído y tremendamente excéntrico, podía añadir un calificativo más a la lista: exhibicionista. A lady Camelia no parecía haberle importado su estado de semidesnudez, reflexionó, y de ser así, había disimulado de maravilla su desconcierto. Tal vez el tiempo que había pasado en la selva surafricana le había insensibilizado a los cá-



nonas sociales de Inglaterra. Dudaba mucho que sus empleados nativos trabajasen bajo el sol sofocante con una camisa almidonada, chaleco y americana.

Cogió de la mesa su fregona experimental y se dispuso a limpiar el suelo, esforzándose por no pensar en sus ojos verdes del color de la salvia ni en la delicia de su suavidad y calidez durante el instante dolorosamente breve en que la había tocado.

—Disculpe, señora, pero ¿qué está haciendo? —le preguntó el hombre de rostro rollizo que miraba fijamente a Camelia desde el otro lado del carruaje—. ¡Éste no es su coche!

—¿Ah, no? —Con fingida sorpresa, Camelia echó un vistazo al interior de terciopelo granate del carruaje—. Pues, sin duda, se parece al mío, las cortinas son iguales. ¿Está usted seguro de que no se ha subido al coche equivocado?

—Absolutamente —replicó el hombre con obstinación—, acabo de regresar del campo y no me he movido de este asiento en las últimas tres horas. Justo cuando usted ha subido yo me disponía a bajar.

Miró con discreción por la ventanilla y vio que Simon entraba de nuevo en su casa y cerraba la puerta.

—En ese caso le ruego que me disculpe, señor —le dijo, abriendo la puerta—. Le he dicho a mi cochero que me esperase aquí, pero, al parecer, debe de haber estacionado un poco más lejos. Lamento haberle causado molestias. —Salió del vehículo y se apresuró calle abajo, sujetando con fuerza el ridículo.

El corazón le latía con fuerza contra las costillas mientras corría, temerosa de que en cualquier momento el señor Kent descubriese que le había robado su dibujo y fuese tras ella. Una embriagadora mezcla de júbilo y miedo mantenía su respiración jadeante y su paso rápido. Quizá no pudiese contar con la novedosa bomba de vapor del señor Kent, pero tenía un dibujo extremadamente detallado. Ya encontraría a alguien que se la construyese, alguien que compartiera su visión de hacer avanzar el campo de la arqueología. Había más inventores en Londres; hombres interesados en objetivos más no-

bles que intentar utilizar la energía de vapor para lavar ropa interior o extraer la última gota de zumo de un limón.

Llegó al final de la calle y cruzó, después se deslizó por una callejuela situada detrás de una hilera de casas, en dirección al lugar donde había dejado a Zareb con el carruaje. Su amigo africano había discutido vehementemente con ella cuando le había insistido en que no la dejara delante de casa del señor Kent, pero, al fin, había cedido. No podían permitirse llamar la atención, y debido a su apariencia Zareb fascinaba a la gente dondequiera que fuese.

Cogió el sombrero con una mano y con la otra apretó el ridículo contra su pecho, ignorando lo mucho que le apretaba el corsé y la engorrosa opresión del polisón y la enagua. ¡Qué placer cuando por fin volviese a África y pudiese deshacerse de ambos! Seguro que dentro de mil años los arqueólogos los considerarían instrumentos de tortura.

—¡Hola, preciosa! —Un hombre corpulento apareció de pronto, bloqueándole el paso—. ¿Adónde vamos con tantas prisas?

Antes de que pudiese responder una mano gigantesca le tapó la boca con brusquedad, ahogando la enfurecida protesta de su garganta.